GALERÍA DRAMÁTICA SALESIANA

H. N.º 97

Pablo Anchoa

ZARZUELA EN UN ACTO

LIBRERIA SALESIANA
BARCELONA

481:4

LA ESTATUA
DE
PABLO ANCHOA

ZARZUELA EN UN ACTO

Reducción de FLORENTINO LARA
de la Pía Sociedad Salesiana

Música de FELIPE ALCÁNTARA
de la misma Sociedad

SARRIÁ-BARCELONA
Escuela profesional de Arte Tipográfico

1915

ES PROPIEDAD

PERSONAJES

PABLO ANCHOA.
D. SERAFÍN, padre de
BENJAMÍN, niño de 14 años.
GUTIÉRREZ, policía.
TELARAÑAS, escultor
ANTONIO,
ROQUE,
PEDRO, } gente de pueblo.
CRESPO,
CORO,

La acción en Villarrocín, época actual.

ACTO ÚNICO

La escena representa la plaza de Villarrocín. En el centro un pedestal (donde debe colocarse la estatua) oculto a la vista del público por un cercado, con una cortina que a su tiempo se habrá de descorrer. En la parte superior del armatoste un cartelón con el anuncio: ¡Hoy! ¡solemne inauguración del monumento a Pablo Anchoa!—*A la izquierda una fonda con el rótulo* «Fonda del Atún»: *a la puerta mesas con vasos y botellas.*

ESCENA I

ANTONIO, ROQUE, PEDRO, CRESPO y coro

(Sentados en las mesas jugando: los cuatro que hablan, en una misma mesa jugando a la brisca.)

Ant.—No hay quien le pueda a esta sota.

Roq.—¡Atiza! ¡cómo descargas la conciencia! *(Todo el diálogo muy rápido y animado.)*

Cres.—¡Venga de ahí!

Ped.—¡Qué barbaridad! ¡El tío *jindama!*

Ant.—Bueno, bueno, menos charla.

Roq.—¡Ya! lo que te duelen son las cincuenta del ala que ahora vas a aflojar.

Cres.—Aún no habéis ganado.

Roq.—¿Cómo que no?.. Venga brisca... ¡Olé! y con esto ya nos salimos.

Ant.—*(Tira las cartas y se levanta.)* Este juego no vale.

Ped.—¡Hola, hola!

Ant.—En el juego no es lícito hablar.

Roq.—Y ¿quién ha hablado aquí? Vengan los cincuenta.

Ant.—No los doy.

Roq.—*(Levantándose.)* ¿Cómo que no?

Ant.—Como que no.

Ped.—Amigos, haya paz. *(Levántase.)*

Roq.—¡Qué paz ni niño muerto! *(Va a echarse sobre Antonio: los demás se interponen.)*

ESCENA II

GUTIÉRREZ y *dichos*

Gut.—¡Alto a la autoridad! ¡nadie se mueva! ¿qué significa este alboroto?

Roq.—Si aquí no hay ningún alboroto.

Ant.—Si estamos jugando.

Gut.—¡Chitón!

MÚSICA

Gut.— Callarse todos.
Sino al momento
Voy a imponeros
Un escarmiento.
Cuando está hablando
La autoridad,
Nadie en el mundo
Debe chistar.
Coro. No se sulfure,
Señor usía,
Tenga paciencia
Tan sólo un día.
Jugando estamos
(Ya lo ve usted)
Unas copitas
Para beber.

—

(Ap.)—Ya cansando está ese tío
Con esa lata
Fenomenal.
(A él) –Si no armamos ningún lío,
Jugando estamos
Todos en paz.
Gut.— ¡Vaya usté a ver!
Coro. Si es la verdad.

Gut.— ¡Fíese usted!
Coro. ¡Pues claro está!

—

Coro. Bonitamente
Se está V. yendo,
Que no ha pasado
Nadita aquí.
Somos amigos,
Ya lo está viendo,
Sólo queremos
Pasar el rato alegre y feliz.

HABLADO

Gut.—Conque, lo dicho: menos bulla. Parecía esto una revolución.
Cres.—Pues no hay tales carneros.
Roq.—Estábamos jugando. *(Ap. a Antonio.)* Y que los cincuenta no te los perdono.
Ped.—Ibamos a echar ¿sabe V.? unas copejas.
Ant.—Y queremos jugar.
Gut.—¡Hola, hola! ¿Qué es esto de queremos? Pues, yo no lo quiero.
Todos.—¡Cómo! ¿Por qué?
Gut.—Porque lo digo yo y... ¡basta! *(Ap.)* Estos me parecen pájaros de cuenta. En

fin, veremos, y en último término... les seguiremos la pista. *(Alto.)* Y no hay que olvidar que están prohibidas las reuniones que pasen de una persona sola.

Roq.—De suerte que los días de fiesta ¿no vamos a poder ir juntos?

Gut.—Podéis ir juntos, sí señor, pero solamente uno a uno.

Todos.—¡Ja, ja, ja!

Ant.—Está V. de buen humor.

Cres.— ¡Está V. la mar de célebre!

Gut.—¡Hola, hola! ¿qué es esto? (Estos quieren guasearse de la autoridad: en fin, veremos, y en último término... les seguiremos la pista).

Ped.—Y diga V.: ¿qué significa aquel cartelón que han puesto allí? Yo, por más que lo miro, no saco nada en limpio.

Gut.—Porque eres un ignorante.

Roq.—Pues yo tampoco he entendido nada.

Todos.—Ni yo, ni yo.

Gut.—Porque sois todos una recua de... y no digo más. ¡Ignorar que hoy a mediodía se inaugura el monumento!

Ant.—¡Ah! Conque ¿hoy descubren la estatua de Pablo Anchoa?

Gut.—Sí, señor, la estatua de Pablo Anchoa, fallecido hace tres meses en Melilla, matando moros.

Ped.—Y la estatua ¿está allí dentro?

Gut.—Todavía no: hasta ahora no hay más que el pedestal. La estatua se encuentra aún en casa del escultor.

Cres.—Y ¿sabe mucho el escultor?

Gut.—Es un portento.

Ant.—¿De dónde es?

Gut.—Es un valenciano... de Valencia.

Roq.—¡Atiza! Pues entonces no será rano.

Gut.—¿Qué ha de ser? Tratándose de uno de los primeros mártires de la patria, no íbamos a contratar a un cualquiera.

Ped.—Y ¿a qué hora comienza la función?

Gut.—Antes de una hora.

Cres.—Pues entonces habrá que irse a arreglar un poquitín.

Gut.—Id en hora buena: pero cuidado con perturbar el orden público. Ya sabéis que el ojo de la autoridad no descansa, y... En fin, veremos... (en último término... les seguiremos la pista.) *(Vase).*

Ped.—Vamos, vamos. *(Vanse).*

ESCENA III

PABLO ANCHOA solo, con larga barba

¡Gracias a Dios! Por fin he llegado. *(Observando.)* Pero ¿qué significa tanta algazara? Hoy no es fiesta, tampoco hay

mercado... En fin, respetable público, *(toma una silla y se sienta)* para no fastidiaros con charlas inútiles, voy a contaros quién soy yo. Ante todo, me llamo Pablo Anchoa... ¿Os reís?.. sí, señores, Pablo Anchoa, y no ciertamente porque me gusten las anchoas: las encuentro demasiado saladas.—Hace poco más de tres años desempeñaba el oficio de cocinero en esta fonda «del Atún»; sí, del atún, tal como suena, porque hombre más atún que el dueño no lo he visto en mi vida. —Mas llegó la aurora feliz, digo, infeliz y desdichada de las quintas, saqué un número bajo, y como no era de los excedentes de cupo, me cupo la desgracia de cambiar las cacerolas y espátulas por el machete y el fusil. No obstante, no me lo pasé tan mal. Fuí a Melilla, disparé algunos tiros: peró en cuanto se enteró mi comandante de mis dotes culinarias, me tomó por asistente y con él me vine a la península, adonde le trasladaron. Por gracia de Dios terminé mi servicio sin ningún percance. ¡Digo! ¿Percance..? El que se armó el día de mi partida: verán ustedes. Quise despedirme dando un convite a la oficialidad, con la condición, empero, de que cada cual pagase su tan-

to: y tanto me quise lucir y tan atolondrado andaba, que sin darme cuenta eché jalapa en un riquísimo estofado: y, señores míos, estofado el qué por poco me dan a mí, porque aquí del percance: estaban los oficiales de sobremesa, comienza la jalapa a hacer su efecto y... ¡ni que estuvieran bailando un galop!—En resumidas cuentas, tuve que esconderme, ponerme esta barba postiza, entenderme con un amigo para que me mande en seguida mis papeles y la licencia, y tomar el tren y poner pies en polvorosa. Y aquí me tienen ustedes para lo que gusten. *(Ruido de pasos.)* Hola... alguien se acerca, disimulemos. *(Se acerca a una mesa y se pone a leer el periódico.)*

ESCENA IV

SERAFÍN, GUTIÉRREZ y *dicho*

Ser. —Sí, señor, amigo Gutiérrez: tenga usted la seguridad de que, después de las altas mentalidades que se sientan hoy en el Parlamento español, dificilmente se encontrará una persona más conspicua que yo en toda España.

Pab.—(¡Hola! D. Serafín, mi antiguo dueño.)

Ser.—Y cuando los forasteros de aquí a ciento, doscientos, mil años lleguen a Villarrocín... Porque ¿no sabe usted, amigo Gutiérrez, lo que es Villarrocín?

Gut.—¿No lo he de saber, hombre, no lo he de saber?

Ser.—Porque ha de llegar día en que goce de fama mundial, en que su nombre se registre con caracteres cuneiformes e indelebles en los *asnales* de la historia. Ya sabe usted que tenemos el honor de guardar en las casas consistoriales el sillón en que se sentó Atila, rey de los tunos.

Gut.—Querrá usted decir, rey de los hunos.

Ser.—Sí, eso es, de los hunos.—Pues bien, cuando los forasteros lean en la lápida del pedestal la inscripción: «Este monumento se debe a la iniciativa y generosidad de D. Serafín Albérchigo, ex-concejal y ex-alcalde que fué de este pueblo de Villarrocín, propietario de la taberna y fonda del Atún...

Gut.—Con watterclós y baño en las habitaciones.

Ser.—Eso es, como dicen los hoteles de Londres (porque yo he estado en Londres ¿sabe usted?) Pues, acabarán por levantarme también a mí un monumento, que es el sueño dorado de mis anhelos.

Gut.—Pero a este paso, D. Serafín, vamos a tener más monumentos que plazas donde ponerlos.

Ser.—Pues entonces haremos nuevas plazas para colocar en ellas los nuevos monumentos.

Gut.—Idea profunda, digna solo de su clarividente penetración.

Ser.—A propósito, amigo Gutiérrez: ¿no ha visto usted al escultor?

Gut.—¿A quién? ¿A D. Angel Telarañas?

Ser.—Eso es, el mismo.

Gut.—Sí, ayer por la mañana me lo encontré: iba a dar el último toque a la estatua.

Ser.—Y ¡dale con el último toque! Hace tres meses que dice lo mismo, que va a darle el último toque. A ver si a fuerza de tocarla y retocarla nos la va a echar a perder. ¡Qué caramba! Cuando se dice el último, ha de ser el último.

Gut.—Pero verá usted, Don Serafín, hay que distinguir: porque hay el último, el penúltimo, el antepenúltimo, el ultimísimo, el último definitivo...

Ser.—Me deja usted pasmado, amigo Gutiérrez, con tanta erudición.

Gut.—¡Hola! *(Reparando en Pablo.)* ¿Se ha fijado usted en aquel individuo?

Ser.—¡Ah! ¿ese barbudo?

Gut.—Sí.

Ser.—Es la primera vez que lo veo.

Gut.—Ha llegado hace poco.

Ser.—Será tal vez algún forastro venido para la inauguración.

Gut.—¡Hum! tiene la barba demasiado larga para ser forastero. Cuando va uno a una fiesta, suele ir bien afeitado.

Ser.—Eso es, bien afeitado.

Gut.—En fin... (esta barba me es sospechosa: basta, veremos, y en último término... le seguiremos la pista). *(Por irse.)*

Ser.—Hombre, ¿se va usted?

Gut.—Sí, señor: voy a dar una vueltecita por los lugares más concurridos, a ver si descubro algún anarquista o cosa así: son las últimas órdenes recibidas.

Ser.—Muy bien, muy bien, vigile V. con diligencia y circunspección.—Y a propósito, si pasa V. por delante de la imprenta, vea V. si han impreso el último bando que por indicación mía ha ordenado el Sr. Alcalde.

Gut.—¿Un bando dice usted?

Ser.—¡Cómo! ¿no sabe usted...

Gut.—¿Yo? nada: y por cierto que siendo como soy la segunda autoridad de Villarrocín...

Ser.—Pero, hombre: ¿no recuerda usted el incendio que hace ocho días destruyó la hacienda del tío Plácido? Pues ahí tiene usted, los bomberos no llegaron a tiempo y la familia quedó en la miseria.

Gut.—¿Y con eso?

Ser.—Pues para que el caso no se repita, indiqué al señor Alcalde un medio que se practica en los Estados Unidos (porque yo he estado en los Estados Unidos, ¿sabe usted?)

Gut.—Y ¿cuál es?

Ser.—Dictar un bando por el cual se previene a los bomberos que en lo sucesivo deberán encontrarse en el lugar del siniestro media hora antes de que comience el fuego.

Gut.—Muy bien dicho: voy a ver. *(Vase.)*

ESCENA V

Dichos menos GUTIÉRREZ

Pab.—*(Ap.)* Hombre, ahora que está solo voy a hablarle.

MÚSICA

Ser.—*(Al ver que Pablo va a hablarle, se adelanta y le da la mano con mucha afectación.)*

¿Con quién tengo la satisfacción..?

Pab.—*(Estrechándosela y aparte.)*
¡Vaya! no se da poco postín.
(A él, fingiendo sorpresa.)
Aunque, o yo pierdo la razón,
O estoy viendo a Don Serafín.

Ser.—*(Con gran extrañeza.)*
Cabalmente, ha dicho la verdad,
Y esto lléname de admiración.

Pab.—Si es usted la celebridad
Mayor de la nación.

—

Ya la fama vocinglera
A usted lleva por doquiera.

Ser.—Es lisonja.

Pab.— Merecida.

Ser.—No exagere.

Pab.— ¡Por mi vida,
(Abrazándole.) Don Serafín!

—

Ya no hay pueblo ni ciudad,
No hay aldea ni rincón,
Donde no se rinda admiración
A su singular mentalidad.
Ya su nombre alcanza a ver
De los mares el confín,
Pues se tiene a gala el conocer
Al señor Don Serafín.

—

Ser.—No exagere usted, por piedad,
Pues me llega ya a confundir.
Pab.—Rindo culto a la verdad,
Y ocultarla fuera mentir.
Ser.—Mi modestia no puede ya...
Pab.—Su modestia se aguantará:
Y aunque usted quiéralo impedir
Yo no puedo mentir.

—

He corrido España, Italia y Francia,
Bélgica, República Argentina,
Por doquier se acuerdan de su estan-
De su ciencia peregrina. [cia,
Por usted conoce España entera
El lugar do vió la luz primera,
Pues al lado de Don Serafín
Se oye el nombre de Villarrocín.

—

Ser.—No exagere usted, por piedad, etc.

HABLADO

Pab.—Sí, Don Serafín, con solo verle le he conocido, y eso que... ya ve usted, soy forastero.

Ser.—¡Ah! conque ¿es usted forastero? Seguramente habrá usted venido para asistir a la ceremonia.

Pab.—Claro que sí, a la ceremonia.

Ser.—(¿No lo dije yo? Apenas ha volado la fama de la inauguración, acuden los forasteros de las diez partes del orbe tarráqueo).

Pab.—Y diga usted: ¿a qué hora comienza?

Ser.—Dentro de una media horita.

Pab.—Muchas gracias.

Ser.—¡Va usted a ver algo de grande, extraordinario, monstruoso!

Pab.—¡Zambomba!

Ser.—¡Ah, sí, señor!.. Porque.. claro... no me está bien el decirlo, siendo como soy... ¿usted no sabe quién soy yo?

Pab.—Sí, el señor Don Serafín, ex-concejal, ex-alcalde...

Ser.—*(Meloso.)* Permita, permita, amigo mío, que me desahoge con usted.

Pab.—Puede usted hablar con toda confianza.

Ser.—Usted sabrá seguramente quién es y cuáles son las hazañas del célebre personaje, cuya memoria he querido perpetuar con un monumento.

Pab.—No, señor, no: como soy forastero.

Ser.—Sí, se comprende. Pues bien, el héroe es nada menos que el famoso Pablo Anchoa, hijo él también de Villarrocín.

Pab.—*(Estupefacto.)* ¡Oh!

Ser.—Sí, señor, Pablo Anchoa, ex-cocinero y ex-militar.

Pab.—¡Posible! (Si soy yo en persona.)

Ser.—No hace tres meses aún, leí en el periódico que el pobre Anchoa había muerto en un encuentro con los moros: y como yo no dejo escapar ocasión de enaltecer a los héroes de la patria, al punto mandé levantar ese monumento a su eterna e ínclita memoria.

Pab.—Y ¿los periódicos trajeron la noticia?

Ser.—Sí, señor: *El Mentidero*, un semanario humorístico de cosas serias.

Pab.—(¡Estamos frescos! ¡Levantarme un monumento!)

Ser.—Usted seguramente no habrá conocido a nuestro Pablo Anchoa.

Pab.—¿Si le he conocido? Como a mí mismo.

Ser.—¿Posible? Mire usted lo que son las cosas: este pensamiento conmueve mi corazón. *(Se seca cómicamente una lágrima.)* Figúrese usted, yo... que lo he tenido en mi fonda de cocinero.

Pab.—(Sí, véngamelo a contar a mí.)

Ser.—Y un cocinero excelente, como no le hay en todos los hoteles de París (porque yo he estado en París ¿sabe usted?)

Pab.—Y ¿cómo será la estatua?

Ser.—Pues será una estatua ecu... ecu... ¡ahora no me viene la palabra! ecu... ¡ecuatorial!

Pab.—¿Cómo? Ecuestre querrá usted decir.

Ser.—Eso es, ecuestre, eso es.

Pab.—¡Tiene gracia! Pero si Pablo Anchoa era de infantería.

Ser.—Y ¿eso qué tiene que ver? ¿No se puede ir a caballo aun siendo de infantería? Ahora que... como hubiera sido muy costoso un caballo de mármol, le he dicho al escultor que haga una estatua ecuestre, sí, pero a pie.

Pab.—¡Caramba! y ¿cómo se va a arreglar?

Ser.—¿Que cómo se va a arreglar? Pues arreglándose. También me decían lo mismo el alcalde y demás personas decentes de Villarrocín: pero yo que, como ex-concejal y ex-alcalde, y que además he corrido mucho mundo (porque yo he corrido mucho mundo ¿sabe usted?) tengo más sal en la mollera que ellos, he tenido una idea felicísima que los ha dejado con la boca abierta. Con ponerle polainas y espuelas y un látigo en la mano, ya está todo arreglado. Claro que no está a caballo, pero todo el mundo entiende que está a punto de montar a caballo.

Pab.—¡Vaya, se ve que usted lo entiende!

Ser.—Y el escultor... pasmado de mi penetración...

Pab.—Y el escultor ¿quién es?

Ser.—Un tal Angel Telarañas, artista de mucha fama, natural de Villarrocín, aunque para darse pisto se hace pasar por valenciano. Le pago un jornal diario de nueve reales, sin contar la gratificación de cien pesetas que le he prometido para el día de la inauguración.

Pab.—Puede estar contento.

Ser.—No faltaba más: a mí siempre me ha gustado ser espléndido, sobre todo cuando, como ahora, es el Ayuntamiento el que paga. Y a pesar de todo, vea usted lo que son las cosas, el escultor no está contento, y siempre quejándose con Benjamín (mi hijo, para lo que usted guste). Ahora que... claro, mi hijo todo me lo cuenta a mí, y yo me divierto bonitamente a costa del pobre escultor.

ESCENA VI

BENJAMÍN y *dichos*

Ben.—*(Desde la fonda, lloriqueando.)* Papá, papá.

Ser.—¿Oye usted? Mi casa parece el puente de los suspiros de Venecia (porque yo

he estado en Venecia ¿sabe usted?) A ver, hijo mío, ven acá, ¿qué te pasa?

Ben.—Papá, papá...

Ser.—Escucha, monín... con permiso. *(Se retira hacia su lado con Benjamín. Pablo saca su periódico.)*

Ser.—(¿Ves ese hombre?)

Ben.—(Sí, papá.)

Ser.—(Pues ese... es un hombre, digo, un forastero que ha venido para la fiesta: a ver si te arreglas y lo traes a la fonda.)

Ben.—(Muy bien.)

Ser.—(Mira, le das aquellos filetes que sobraron ayer. Ya sabes, hay que aprovechar las ocasiones.)

Ben.—(Pierda usted cuidado.)

Ser.—*(A Pablo.)* Tengo ahora que ver al escultor, porque es ya tarde. Siento mucho tenerle que dejar, pero ya ve usted...

Ben.—Papá, papá, escucha.

Ser.—Pero ¿qué quieres?

Ben.—(Hiede, papá.) *(Llevándose los dedos a las narices.)*

Ser.—(¿Cómo, qué?)

Ben.—(Que hiede, papá.)

Ser.—*(Dando vueltas y mirándose los faldones de la levita.)* (Hiede... ¿qué es lo que hiede?)

Ben.—(La carne, papá.)

Ser.—(¡Acabáramos, hombre! Con echarle un poco de vinagre está todo arreglado.)

Ben.—(Entonces sabrá mal.)

Ser.—(¡Quita, quita! Es forastero y los forasteros no entienden de eso.) Conque... caballero, quede usted con Dios. *(Vase.)*

Pab.—Vaya usted con Dios.

ESCENA VII

Dichos menos SERAFÍN

Ben.—¿Ha venido usted para la fiesta?

Pab.—No faltaba más: si he conocido al héroe. ¿Usted le ha conocido?

Ben.—¿A quién?

Pab.—Al pobre Pablo.

Ben.—¿A Pablo Anchoa? ¡Vaya si le he conocido!

Pab.—Y aquí en el pueblo ¿hablan de él? ¿Se acuerdan de él?

Ben.—Mucho, muchísimo. ¡Pobrecito! ¡Morir sin esperanza de que vuelva! Y ahora precisamente que iba a ser todo un ricachón.

Pab.—¿Por qué?

Ben.—Porque acaba de morir la tía Catalina, dejándole heredero de unos cuantos miles de pesetas.

Pab.—¡Posible! ¿La tía Catalina ha muerto?

Ben.—Por desgracia, y lo peor es que ha muerto también sin esperanza de volver.

Pab.—(¿Algunos miles de pesetas? ¡Ah! pues me doy a conocer... ¡Cataplum! el polizonte, y yo sin mis papeles... ¿dónde me escondo?) Con permiso, voy a la fonda a tomar un piscolabis. *(Vase.)*

Ben.—A sus órdenes, caballero. *(Por irse.)*

ESCENA VIII

GUTIÉRREZ y BENJAMÍN.

Gut.—Pst, pst, Benjamín.

Ben.—¿Qué se le ofrece?

Gut.—¿Conoces a ese forastero?

Ben.—Yo no.

Gut.—Pues no hay quien me quite de la cabeza que es un sujeto sospechoso. En fin, veremos, y en último término... le seguiremos la pista. *(Se dirige a la fonda.)*

Ben.—Por Dios, antes de tomar ninguna providencia, déjele que coma y me pague la cuenta.

Gut.—De la mía corre, que para algo soy funcionario público. Empezaré por pedirle sus documentos, y si no los tiene,

le seguiremos la pista. *(Entra en la fonda).*

Ben.—Pero, hombre, aguarde usted... *(Va a seguirle, pero sale Telarañas y le detiene por el vestidor.)*

ESCENA IX

TELARAÑAS y *dicho.*

Tel.—*(Con precipitación.)* Benjamín, Benjamín.

Ben.—¿Qué hay?

Tel.—Escóndeme, por favor: me encuentro en un apuro horrible: estoy ya con el agua al cuello.

Ben.—Si no se explica usted, no entiendo palabra.

Tel.—¡Ay, amigo! Las circunstancias me obligan a comunicarte un secreto terrible: ¡aún he de comenzar la estatua!

Ben.—¡Cómo! ¿Aún no ha cortado usted el mármol?

Tel.—Cortado ya lo está: puro aún está en la cantera.

Ben. ¿De modo que nos ha tomado soberanamente el pelo?

Tel.—De ningún modo: vosotros sois quienes habéis tomado... el rábano por las hojas. Yo he prometido levantar el monumento, pero no hacer la estatua. Es-

peraba encontrar una de lance, pero no me ha sido posible.

Ben.—Y ¿cómo se las va usted a apañar?

Tel.—Si quisieras, podrías ayudarme.

Ben.—¿Cómo?

Tel.—A ver si consigues que tu padre me dé las cien pesetas que me ha prometido: tú te tomas otras cien de su cajoncito, me las das a mí y nos largamos a San Sebastián.

Ben.—Y ¿para qué quiero yo ir a San Sebastián?

Tel.—Hombre, y ¿quién no quiere ir a San Sebastián?

Ben.—Yo, por ejemplo.

Tel.—Vamos, hazme este favor.

Ben.—Sí, como que voy a echar mano al dinero de mi padre. *(Le deja plantado y se va.)*

Tel.—*(Cómicamente.)* Nada, lo que dicen los franceses: *¡tabló!* ¡plancha completa! *(En la fonda ruido de copas y gritos: sale Pablo corriendo.)*

ESCENA X

PABLO y *dicho*

Pab.—Señor, piedad, piedad. *(Se le echa de rodillas.)* Usted me parece hombre de bien, sálveme, sálveme si puede.

Tel.—Salvarle... ¿de qué?

Pab.—De las manos del policía. *(Se levanta: con precipitación.)* Estaba yo almorzando y se me presenta delante pidiéndome los documentos; yo no los tengo: y para abrirme paso, le he echado a la cara el plato de judías que estaba comiendo. Si me encuentra... ¡Dios mío!.. Escóndame usted.

Tel.—Y ¿quién es usted? no tengo el honor de conocerle.

Pab.—*(Quitándose la barba.)* Soy Pablo Anchoa.

Tel.—*(Sorprendido.)* ¡Pablo Anchoa! ¡Mi estatua! Venga acá, no tenga usted miedo: con que finja usted ser de mármol y haga cuanto le diga, queda todo arreglado. *(Entran los dos en el cercado, dejando corridas las cortinas.)*

ESCENA XI

GUTIÉRREZ SOLO

¡Insolente, canalla! ¡Arrojar un plato de judías sobre el representante de la autoridad! *(Limpiándose con el pañuelo.)* Pero... le seguiremos la pista. *(Sale por el lado opuesto.)*

ESCENA XII

ANTONIO, ROQUE, PEDRO, CRESPO, coro y TELARAÑAS

MÚSICA

Coro.—(Lejano.) ¡Traición, traición,
Baldón al vil ladrón!

—

Tel.—(Saliendo.) ¿Quiénes gritan por allí?
Coro.—(Lejano.) ¿Ese pillo, dónde está?
Tel.— ¡Esos vienen hacia aquí!
Coro.— ¡Carito lo pagará!
Tel.— ¡Algún lío me arman ya!
(Se esconde.)

—

Coro.—(Saliendo.) ¿Dónde se habrá metido
[ese esperpento,
Falso, alevoso, audaz, desvergonzado,
Que hoy entregar debía el monumento
Y aún de la estatua el mármol no ha
[comprado?

—

Tel.—(Saliendo.) ¿Quién grita por aquí?
¿Qué ocurre por acá?
Coro.—(Le rodean amenazándole.)
Cállese usted la boca, tío farsante;
¡Darnos un mico tan bonitamente!

Nuestra paciencia no hay ya quien aguan-
[te
Y ahora lo va usté a ver prácticamente.

—

Tel.—(Saca a Pablo Anchoa cubierto con una gran sábana, y lo deja junto a las cortinas.)

¡Oh gran Villarrocín!
La estatua tienes ya.

Coro.— ¡Ah, ah, ah!

—

Coro.—(Con timidez.) ¡Ay, por piedad, dis-
[pénsenos!
¡Por piedad, por favor!
Fuimos unos estúpidos,
Señor escultor.

—

¡Vaya un trabajo artístico!
¡Vaya una obra magnífica!
¡Vaya un talento
Más estupendo!
¡Vaya si tiene usted *quinqué!*
¡Ya todos lo decíamos!
¡Ya nos lo suponíamos!
Ese portento
De monumento
Déjenos ver.

HABLADO

Cres.—Vamos, señor Telarañas, déjenos usted ver la estatua.

Tel.—Que nones, y al primero que se arrime...

ESCENA XIII

SERAFÍN, GUTIÉRREZ y *dichos*

Ser.—*(Desde dentro.)* ¡Esto ha sido un timo, esto ha sido una estafa! *(Sale con Gutiérrez.)* ¿Dónde anda el escultor?

Tel.—¿Qué le pasa, Don Serafín?

Ser.—Y ¿tiene usted cara para preguntármelo? Acabo de presentarme en su taller y allí no he visto estatua ninguna.

Tel.—No faltaba más, claro que no la ha encontrado, porque la estatua está aquí.

Ser. ¡Posible! *(Todos se acercan.)*

Tel.—¡Alto ahí! La estatua no la ve nadie, mientras no la coloque en el pedestal.

Gut.—¿Y la va a poner usted solo?

Tel.—Esto corre de mi cuenta.—Paso, señores, paso. *(Entra con Pablo en el cercado, haciendo como que lo arrastra.)*

Ser.—Ya decía yo que el célebre Telarañas no podía faltar a su palabra.

Ant.—¡Vaya un cacho de estatua!

Roq.—Va a ser la honra de Villarrocín.

Gut.—Y que por lo visto es de tamaño natural.

Tel.—(*Entrando.*) Ya está.

Gut.—¡Cómo! ¿La ha colocado sobre el pedestal?

Tel.—Pues ¿dónde quería que la colocara? ¿sobre sus narices?

Ser.—Entonces... hay que convenir en que es muy ligera.

Gut.—No será de mármol, sino de cartón piedra.

Tel.—El que es de cartón piedra es usted.

Ser.—Pues ¿cómo se explica?

Tel.—Verá usted. Conviene antes de advertir que unos 555 años antes de la fundación de Roma...

Ser.—¡Dios nos valga, con lo que sale! ¡La fundación de Roma! *(Risa general.)*

Tel.—Tengan la bondad de escuchar un momentito.

Ser.—Amigo Gutiérrez, imponga usted silencio.

Gut.—¡Eh, muchachos! ¡Punto en boca!

Tel.—Pues, como decía, unos 555 años antes de la fundación de Roma, se perdió un importantísimo secreto, el llamado secreto de la *vagolamentofotoescultura.*

Ser.—¿Cómo, qué? Usted dispense, amigo Telarañas, no he entendido: es decir, vamos, como entender... he entendido, porque ya sabe usted que soy persona ilustrada; pero estos infelices... ¿Ha dicho usted..?

Tel.—Vagolamentofotoescultura.

Ser.—¡Ah, ya, Bacala... bacala... es inútil, no puedo, me faltan dos dientes: además, como me he olvidado los lentes en casa...

Tel.—Se comprende. El secreto, pues, consistía en saber dar a una estatua el color de la carne, del cabello, de los ojos, etc.; y a la par que quedaba dotada de gran flexibilidad y ligereza, adquiría una resistencia a toda prueba, sin que la echaran a perder ni el sol ni la lluvia, ni el viento ni la nieve.

Ser.—¡Caspitina! ¡Me deja usted estupefacto!

Tel.—Pues bien, sepa usted, Don Serafín, que este secreto ha venido a parar a mis manos, y he querido estrenarme con la estatua de Pablo Anchoa. Si el resultado ha dejado fallidas mis esperanzas, vosotros mejor que yo lo podréis decir. ¡Mirad y ved! *(Descorre las cortinas y aparece Pablo en el pedestal, vestido de co-*

cinero, con un cazo y una sartén en la mano y la cara dada de harina.)

Todos.—¡Ah! *(Mucha animación.)*

Ant.—Si es él mismo.

Roq.—Si es él en persona.

Ped.—¡Cómo se le parece!

Ser.—Me parece verlo cuando teníamos prisa, y corría él con el cazo en la mano de una parte a otra de la cocina.

Tel.—¿Qué dice usted, D. Serafín, qué le parece?

Ser.—Yo he visto muchas estatuas (porque yo ¿sabe usted? he corrido mucho mundo): pero en pocas he encontrado tanta naturalidad, tanta delicadeza de expresión. *(Contemplando la estatua.)* Bien, muy bien, soberbio... Sin embargo, amigo Telarañas, estoy notando un pequeño defecto. Es cosa de poca monta que no advierten los profanos en el arte, pero que un hombre como yo, acostumbrado a ver, no puedo menos de notar. Me parece que la pierna derecha es más corta que la izquierda

Tel.—Si no es más que esto, pronto se arregla.

Ser.—¿Cómo?

Tel.—Por medio de la vagolamentofotoescultura.

Ser.—¡Ah, ya! Por medio de la bacala... bacalamm... ¡Uf! ¡Estas palabras kilométricas!

Tel.—*(Arregla la pierna derecha de Pablo y vuelve.)* Ya está.

Ser.—Muy bien... el codo izquierdo... *(Telarañas va arreglando)*... ¡ajajá! ¡Venga usted a mis brazos, amigo Telarañas! ¡Que pueda estrecharle contra mi corazón! *(Abrazo cómico.)*

Tel. —Y diga usted, D. Serafín, ¿no podría darme ya la gratificación convenida?

Ser. —Pero, hombre de Dios ¡qué prisa tiene usted! Nada, así son todos los hombres de genio, todos los talentazos, unos derrochadores empedernidos. En fin, yo mismo me voy a personar en el Ayuntamiento, y le traeré el dinero en cuanto vengamos para la inauguración. *(Contemplando la estatua.)* ¡Vaya! ¡Resulta una obra colosal, estupenda! — Estoy plenamente satisfeccho. ¡Venga esa mano! *(Ejecutan.)* Bien, muy bien.

Pab.—*(Simulando el eco.)* Bien, muy bien.

Ser. —¿Qué es eso? ¿Quién repite aquí mis palabras?

Gut.—*(Al pueblo.)* ¡Hola, hola, mucho ojo!

Todos.—Nadie, nadie.

Ser.—Cuidadito ¿eh? que en los actos so-

lemnes no admito bromas. (*A Telarañas.*) Pues, como le decía, ha quedado bien, muy bien.

Pab.—*(c. a.)* Bien, muy bien.

Ser.—¿Otra vez? ¿quién es este que quiere tomarme el pelo?

Tel.—(¡Maldito!) ¡Ah! ya caigo, es el eco.

Todos.—¿El eco?

Tel.—Sí, señores: como tenemos allí la estatua, choca la voz, es decir, el sonido contra el monumento, y se produce el eco. ¿Quiere usted verlo, Don Serafín?

Ser.—Sí, sí, a ver.

Tel.—¡Ah!

Pab. *(c. a.)*—¡Ah!

Tel.—¡Oh!

Pab. *(c. a.)*—¡Oh!

Ser.—¡Hombre, muy bien, muy bien! ¡Esto es estupendo! Amigo Gutiérrez, bien se merece una ovación.

Gut. ¡Viva el célebre Telarañas!

Todos. ¡Viva!

Tel. Gracias, gracias, ínclitos habitantes de Villarrocín. Ahora, necesitaría aún dar a mi estatua el último toque y quisiera estar solo. Ya sabéis que hasta dentro de un cuarto de hora no comienza la función: así es que...

Ser.—Muy bien, muy bien, amigo Telara-

ñas: voy a ultimar los preparativos, pero antes, otro apretón de manos, porque, en efecto, *(ejecutando)* ha quedado bien, muy bien.

Pab. (c. a.)—Bien, muy bien.

Ser.—(¿Pero que sea efectivamente el eco? ¡Hum! No llego a convencerme.) Amigo Telarañas, usted dispensará, pero quisiera... ya sabe usted que cuando uno ha corrido mucho mundo, no cree tan fácilmente en las cosas como no meta en ellas la nariz; así que... quisiera...

Tel.—¿Meter la nariz?

Ser.—Naturalmente, también a mí me gustaría, aunque no fuera más que por curiosidad... hacer la prueba.

Tel.—Hágala usted, no hay inconveniente.

Ser.—Y ¿cómo se hace? porque yo no estoy nada práctico. ¿Dónde hay que ponerse?

Tel.—¿A ver acá? *(De frente a la estatua.)* ¡Ah!

Pab. (c. a. bajito.)—¡Ah!

Tel.—No, aquí no; veamos si acá... *(Hacia la fonda).* ¡Oh!

Pab. (c. a.) - ¡Oh!

Ser.—No, tampoco, resulta débil.

Tel.—¡Ah! ese atún tiene la culpa.

Ser.—¿Qué atún? ¡Ah! ¿el del rótulo? Pues se quita.

Tel.—No hace falta: a ver si al otro lado... *(Al lado opuesto de la fonda).* ¡Ah!

Pab. (Fuerte c. a.)—¡Ah!

Tel.—Aquí, aquí, don Serafín, este es el lugar preciso.

Ser.—Voy, voy. Amigo Gutiérrez, imponga usted silencio.

Gut.—¡Eh, muchachos! ¡La sin hueso!

Ser.—¡Ohé!

Pab. (c. a.)—¡Ohé!

Ser. (A Gutiérrez.)—Contesta, contesta.—¿Quién es más zoquete? ¿yo o tú?

Pab. (c. a.)—¡Tú!

Ser.—Es el eco, el eco.

Todos.—Sí, sí, el eco.

Ser. (Marchándose con Telarañas: también se van los demás hablando entre sí). ¡Ah! pues quedo plenamente satisfecho...

ESCENA XIV

GUTIÉRREZ y PABLO

Gut.—¡Ca! lo que es a mí no me la pegan: y pues me han dejado solo, voy yo también a hacer la prueba. Este es el sitio. ¡Bebé!

Pab. (c. a.)—¡Pipí!

Gut.—¡Cú, cú!

Pab. (c. a.)—¡Tá, tá!

Gut.—¡Lo, lo!

Pab.—¡Jí, jí!

Gut.—¿No lo decía yo? ¿Por qué no repetirá mis palabras? Este eco se me hace sospechoso. En fin, veremos, y en último término... le seguiremos la pista. *(Vase).*

ESCENA XV

TELARAÑAS, BENJAMÍN y PABLO.

Tel. (Llamando.)—Benjamín, Benjamín.

Ben.—¿Quién llama?

Tel.—Vamos ¿te has decidido ya a tomar las cien pesetas del cajoncito de tu padre?

Pab.—(Ya me están doliendo los huesos de hacer de estatua). *(Se baja del pedestal y escucha la conversación.)*

Ben.—¡Qué mameluco!

Tel.—¿Mameluco yo? ¡Cuidadito con lo que se habla! Porque en cuanto se me sube la mosca a la punta de la nariz...

Ben.—¿Qué?

Tel.—Que si te doy una *(amenazándole)* no te quedan ganas de volver por otra.

Ben. (Burlándose).—¡Ay mamá! *(Echa a correr).*

Tel. (Persiguiéndole.)—¡Ah, bribón!

Pab. (Deteniendo a Telarañas.)—¡Mucho ojo con lo que se hace y se dice! ¿Dónde se ha visto tamaño atrevimiento?

Tel.—Y a usted ¿quién le mete conmigo?

Pab.—Ande usted con cuidado, que de un sopapo le mando a usted a Pekín.

Tel.—Y yo a usted de un resoplido le estrello contra el pedestal.

Pab.—¿A quién?

Tel. (Liándose con él a porrazos.)—A quien me busca las pulgas.

Pab.—¡Ay, ay, ay! ¡mis narices!

Tel.—¡Infeliz de mí! *(Ruido de pasos.)* ¡He echado a perder mi estatua! Y los del pueblo que llegan... ¡Pronto, pronto, adentro!

Pab.—¡Me la has de pagar! *(Entran en el cercado y Telarañas corre las cortinas.)*

ESCENA XVI

ANTONIO, etc., y Coro: luego SERAFÍN, GUTIÉRREZ y TELARAÑAS.

MÚSICA

Coro.—*(Salen vestidos de fiesta y remedando una rondalla de guitarras y bandurrias.)*

Tipitipitín, tipitipitín, etc.

Solo.— Viva y ¡olé! Pablo Anchoa,
Honra de Villarrocín,

El militar más valiente
Que ha luchado allá en el Riff.

Coro.— (Repite la estrofa y sigue:)

¡Que viva Pablo Anchoa!
¡Que viva el buen humor!
¡Vivan los monumentos
Y quién los inventó! *(Baile).*

HABLADO

Ser. (Sale elegantemente vestido, de conversación con Gutiérrez).—En fin, que no siempre le han de salir a uno las cosas bien.

Gut.—Pues ¿qué sucede?

Ser.—Que el señor Alcalde se ha puesto enfermo y no puede asistir a la inauguración.

Tel. (Que ha salido poco antes).—Poco se pierde.

Ser.—La verdad, que yo solo me basto en mi calidad de ex-concejal y ex-alcalde.

Tel.—Pues... cuando usted guste.

Ser.—Amigo Gutiérrez, una palabra. *(Llevándole aparte).* Cuando en el curso de mi discurso diga yo: ¡Viva Pablo Anchoa! no se le olvide a V. gritar: ¡Viva Don Serafín Albérchigo! ¿eh?

Gut.—Pierda usted cuidado.

Ser. (Alto).—¿Vamos pues?

Tel.—Vamos.

Gut.—Señores y caballeros, desde este momento se declara abierta la sesión.

Ser.—Señores, vais a tener el honor de oir mi palabra. *(Ap. a Gutiérrez).* Que se descubran.

Gut.—¡Hola! ¡Esas gorras!.. *(Todos se descubren.)*

Ser. (A Telarañas). No, usted no: cúbrase, cúbrase: entre nosotros los artistas... *(Saca del bolsillo un rollo de papel en que lleva el discurso).* Amigo Gutiérrez ¿tiene usted la bondad de sostenerme el discurso? *(Se descubre, se quita los guantes, se pone las gafas, etc.)*

Gut.—De mil amores.

Ser. (Se sube a una silla: Gutiérrez se le pone delante sosteniéndole el discurso). «Habitantes de Villarrocín...

Pab. (Haciendo el eco.)—¡Rocín!

Ser. (Sorprendido.)—¡Hola!

Tel.—Es el eco.

Ser.—¡Ah, ya, el eco! *(Lee.)* «Habitantes de Villarrocín y pueblos circunvecinos.

Pab. (c. a.)—Inos, inos...

Ser. (Impaciente).—¡Caspitina! El eco, como objeto de adorno, no lo niego, es un hermoso invento; pero en circunstancias como las actuales, da la lata soberana.

Tel.—¿Quiere usted que lo haga callar?

Ser.—Y ¿puede conseguirse?

Tel.—Claro, por medio de la vagolamentofotoescultura. *(Entra y vuelve a salir en seguida).* Ya está: ya verá usted, don Serafín, como no le molesta.

Ser.—Muy bien. Volvamos a empezar. Amigo Gutiérrez... *(por el discurso)* ¿un poquitín más alto? *(Lee):* «Habitantes de Villarrocín y pueblos circunvecinos».

Gut. (Interrumpe).—Pues ha callado de veras.

Ser. (Con enfado).—Sí: pero ahora el que interrumpe es usted. *(Lee):* «Habitantes de Villarrocín y pueblos circunvecinos.» *(Se oye una trepidación como si fuera a desplomarse el armatoste. Telarañas entra dentro, y aparece en seguida con los cabellos en desorden y el semblante demudado. Gutiérrez deja el papel y se esconde debajo de la mesa. Sensación y pánico en los restantes).*

Ser. (Tembloroso).—Pero ¿qué ha sucedido?

Tel.—Nada, nada... una ráfaga de viento.

Ser. (A Gutiérrez.)—Animo, ánimo, amigo Gutiérrez... Ya ha pasado el peligro: ha sido un ciclón. *(Se restablece el orden).* Conque... *(Gutiérrez toma de nuevo el discurso y Serafín lee).* «Habitantes de Vi-

llarrocín y pueblos circunvecinos. Cuando un pueblo, desperezándose del letargo de añejas rutinas, alborea en irradiaciones luminosas de su propia civilización, no puede menos de honrar a aquellos seres bienhadados en cuya frente brillan los fulgores del genio, sí que también aletea en sus corazones el bélico ardor de César y Copenague. Y entre éstos descuella en los tiempos modernos el ínclito, el sin par, el incomparable Pablo Anchoa, soldado de la cuarta compañía, del segundo batallón, del Regimiento de infantería de Cuenca, número 27, de a pie, con perspectiva de ser bien pronto de a caballo.»

Gut.—¡Viva don Serafín Albérchigo!

Todos.—¡Viva!

Ser. (Ap. a Gutiérrez).—¡Imbécil, idiota! Me ha interrumpido usted en lo mejor de mi discurso.

Roque.—Que descubran la estatua.

Todos.—Que se vea, que se vea.

Ser.—¡Hombre, qué descuido! Pues claro que tenía que estar descubierta.

Tel.—Pues, allá va. *(Descorre la cortina y aparece Pablo en el pedestal, pero de espaldas al público).*

Todos.—¡Oh, oh! ¿Qué es esto?

Ser.—¿Qué significa este equinoccio? ¡Eh, señor Telarañas! Antes la estatua se encontraba en posición más decorosa.

Tel. (Dándose cuenta).—¡Ah, caramba! Le diré a usted... como está unida al pedestal por un tornillo...

Ser.—¿Un tornillo?

Tel.—Sí, señor, un tornillo, para que pueda girar y verse por todas partes. Verá usted, Don Serafín. *(Le da vuelta a Pablo Anchoa, que aparece con la nariz ensangrentada y en la mano un pañuelo con el cual pretende detener la sangre).*

Todos.—¡Ja, ja, ja!

Cres.—Pero ¿qué es esto? Si hace media hora tenía en la mano una sartén.

Ped.—Sí, sí, yo también lo he visto.

Ser.—Pues si es verdad, yo también.

Todos.—Y yo, y yo.

Ser.—Y ¿qué significa esta sangre?

Tel.—¡Ah! ¿la sangre?.. (¡Maldito! Y ¿qué digo yo ahora?

Gut.—(Esta sangre se me hace sospechosa... En fin, veremos, y en último término... le seguiremos la pista).

Ser.—Explíquese usted.

Tel.—(¡Magnífica idea!) Pues es la sangre derramada en defensa de la patria.

Ser. (Admirado.)—¡Ah! (¡Vaya un genio!

No se le ha escapado el menor detalle). *(Entusiasmándose)*. ¡Ah, señores! Pablo Anchoa pereció en el Riff en aras de la patria, y ahí le tenéis bañado en su propia sangre. ¡Idea grande! ¡Idea estupenda! ¡Idea sublime... que..!

ESCENA ULTIMA

BENJAMÍN y *dichos*

Ben. (Precipitadamente con un sobre en la mano).—¡Papá, papá!

Ser.—¡Vete al cuerno! Interrumpirme en lo mejor de mi...

Ben.—Acaba de llegar este Oficio para el señor Alcalde y me ha dicho te lo entregue a ti inmediatamente.

Ser.—¡Caspitina! ¿un Oficio para mí? ¿Qué será? *(Acércanse los demás y lee Serafín)*: «Se ha fugado el soldado Pablo Anchoa, natural de Villarrocín, soldado de la cuarta compañía, del segundo batallón del Regimiento de Infantería de Cuenca, número 27. Sé que se encuentra por estos alrededores escondido. El inspector de Vigilancia... etc... etc...» *(Pablo se ha escapado por la izquierda y Antonio echa a correr tras él)*.

Todos.—¡Vivo!

Ser.—¡Vivo, vivo! Es más, el gobernador ha puesto dos uves para indicar que está vivísimo. ¡Dios mío! ¡Qué plancha! ¡Infeliz de mí! ¿Qué van a pensar de mí al saber que he levantado un monumento a un difunto vivo?—Habitantes de Villarrocín, mi discurso dése por no dicho, más aún, para reparar nuestro involuntario yerro, derribemos la estatua.

Todos.—¡Abajo la estatua! *(Al volverse para hacerlo notan que no está).* ¡Oh!

Ser.—¡No está!

Gut.—¿Que nos la hayan robado? En fin, veremos, y en último término... le seguiremos la pista.

Ant. (Trayendo a Pablo).—¡Aquí está, aquí está! ¡yo lo he cogido!

Ser.—¡Qué veo! ¿La estatua andando?

Todos.—¿Pablo Anchoa?

Ser.—¿Qué significa todo esto?

Pab.—Nada, mi inolvidable Don Serafín, que gracias a Dios estoy vivo, y con mis papeles en regla que acabo de retirar del correo.

Ser.—¡Estamos buenos! ¿De suerte que este frescales de Telarañas nos ha endilgado bonitamente gato por liebre? ¿Qué vamos a hacer ahora con un pedestal sin estatua?

Tel.—No se apure usted, Don Serafín, servirá para la estatua que le levantaremos a usted después de muerto.

Ser.—Menos mal: vaya la una por la otra.

Pab.—Con lo cual no quedará menos honrado el pueblo de Villarrocín. ¡Viva Don Serafín!

Todos.—¡Viva!

CORO FINAL

Pab.— Porque fuí buen cocinero
Un pedestal me han alzado:
A otros se lo han levantado
Por ser unos *pasteleros.*

—

Coro.— Porque fué buen cocinero
Un pedestal le han alzado:
A otros se lo han levantado
Por ser unos *pasteleros.*

—

¡Que viva Pablo Anchoa!
¡Que viva el buen humor!
¡Vivan los monumentos
Y quién los inventó!

(Baile).

TELÓN

A. M. D. G.

3 0112 098526269

GALERIA DRAMÁTICA SALESIANA

Gran colección de obras escénicas, propias para colegios, seminarios, círculos y patronatos obreros

Esta "Galería Dramática", la más completa y selecta de su género, consta de doscientos cincuenta títulos para hombres y niños y ciento setenta y cinco para señoritas y niñas

PÍDANSE CATÁLOGOS

LOS PEDIDOS A
LIBRERIA SALESIANA
APARTADO 175
BARCELONA